

Dendrografías. Escribiendo con alerces¹

Pedro Pablo Achondo

Universidad de Chile

Resumen

En este artículo se busca presentar una manera de escribir entre árboles, las dendrografías, como se les ha denominado. Consiste en una interpretación etnográfica de los territorios habitados por bosques y, en particular, por los bosques de alerce del sur de Chile. Se quiere explorar un lenguaje situado y territorial en el que el bosque y las ecologías afectivas presentes vayan, por un lado, otorgando la gramática y los conceptos para decir lo que sucede entre humanos y alerces y, por otro lado, permitan dar cuenta de la importancia del cuerpo en el conocimiento de lo otro-que-humano y el ambiente. Los alerces han sido fundamentales en la historia biocultural de las comunidades del sur de Chile y, al mismo tiempo, dadas sus características, dialogan de manera interesante con el marco conceptual, temporal y afectivo del antropoceno/capitaloceno.

Palabras clave: alerces - dendrografías - bosque - cuerpo - ecologías afectivas.

Dendrographies. Writing with larches

Abstract

This article intends to present one way of writing among trees, the *dendrographies*, as has been referred to. It consists of an ethnographic interpretation of territories inhabited by woods and, particularly, larches in the South of Chile. It adopts the form of a situated and territorial exploration of language where woods and affective ecologies offer the grammar and concepts to say what happens among humans and larches and, likewise, shed light upon the importance of knowing the other-than-human and the atmosphere. Larches have been fundamental in the biocultural history of communities in the South of Chile and, apart from this, given their characteristics, they establish a dialogue with the concepts, time and affection of Anthropocene/Capitalocene.

Keywords: larches - dendrographies - woods - body - affective ecologies.

¹ El autor agradece el apoyo del Proyecto Fondecyt Regular n.º 1190855, en el cual se enmarca el presente artículo, que forma parte de la investigación Doctoral en Territorio, Espacio y Sociedad (D_TES) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile.

Nos habituamos a pensar que la tierra todo lo da,
que lo dará siempre todo, que siempre habrá tierra...
No, no merecemos todavía nuestra tierra.

Luis OYARZÚN

Introducción: dendrografías

En este artículo se busca posicionar y presentar la idea, a saber, de que son los territorios los que otorgan el lenguaje, la gramática y el universo simbólico que permiten, de forma más acabada y coherente, realizar una lectura e interpretación de ellos mismos. A esta lectura territorializada en los bosques la hemos denominado *dendrografías*, a partir de la raíz griega *dendron*, «árbol», y *graphein*, «escribir, grabar o dibujar». No es un concepto que exista ni se use, de ahí el interés en establecerlo como una manera de graficar lo que suscita y evoca el bosque. Marisol de la Cadena (2021) nos invita a «estar listos para inventar palabras» (p. 256) en vistas de nuevos mundos y nuevas historias (Haraway, 2016).

Las dendrografías pueden ser utilizadas como un método alternativo de interpretación y escritura en tiempos de catástrofe. Además de utilizar el antropoceno/capitaloceno (Moore, 2016) como un marco conceptual, por un lado —con el interesante debate que se ha llevado a cabo (Haraway, 2016)—, y como un marco temporal, por otro, podemos también entenderlo desde una perspectiva afectiva. Según esta última, el antropoceno/capitaloceno es sobre todo un tiempo de afectaciones y padecimientos mutuos entre los humanos y lo otro-que-humano. Consiste en una lectura del tiempo y de los territorios como una ecología afectiva de la perturbación, de la degradación y devastación (Marder, 2021; Tsing et al., 2017; Armiero, 2021; Nascimento, 2021).

De esa manera, las dendrografías vienen a transformarse en narraciones, relatos, y en una forma de escribir desde las ecologías afectivas que se establecen en los bosques del antropoceno/capitaloceno. Sin querer entrar en la discusión sobre la denominación conceptual del tiempo presente, sí nos interesa abordar la pregunta por su presencia en los territorios. Ello nos permitirá verificar la pertinencia del concepto y serán los mismos árboles y la totalidad del bosque quienes nos contarán en qué medida existe algo así como un bosque del antropoceno o capitaloceno.

En lo que concierne a este artículo, las dendrografías fueron desarrolladas en los bosques de alerce del sur de Chile. Los *alerces* —como los llamaron los españoles, debido a su parecido con el alerce europeo, *Larix decidua*, o como era conocido por el pueblo mapuche huilliche, *lawan* (Molina et al., 2006), o *Fitzroya cupressoides*, como la botánica occidental decidió nombrarlos— son una especie endémica de la región sur de Chile y Argentina (Donoso et al., 2006; Lara, 1998, 2016; Urrutia-Jalabert et al., 2015). Hoy se ubican, principalmente, en la Cordillera de los Andes, la Cordillera de la Costa y en muy pequeñas zonas de la planicie del país, entre Valdivia y Chaitén. Entonces, para aprender a escribir entre estos árboles gigantes y longevos, hay que habitar entre ellos, pasar tiempo y experimentar desde el cuerpo (Haraway, 1988, 2008; Pink, 2009; Gálvez, 2021), sus geografías y particularidades.

El alerce posee una historia ambiental riquísima (Urbina, 2011; Molina et al., 2006; Medina, 1984), pues su madera llegó a transformarse en toda una piel de gran parte de la región sur del país. Fueron las tejuelas de alerce las que revistieron viviendas, edificaciones e iglesias. Interpretadas como una continuación del bosque, ellas se transforman en parte del lenguaje vegetal propio del alerce y permiten relacionarse desde su materialidad, temporalidad y vida vegetal. Los fascinantes bosques de alerce son hoy en día invaluable archivos climáticos,² temporales e históricos, reservorios de biodiversidad y ricos bolsones de captación de CO₂ (Barichivich, como se citó en Welch, 2022).

El bosque se transforma en un texto, en un texto lleno de entramados ecológicos y bioculturales. Pero en un texto que supera la sola letra. Allí se va leyendo la historia de los territorios y la experiencia de humanos y alerces. En los bosques, y a medida que más tiempo se va pasando en ellos, comienzan a aparecer otras dimensiones propias de toda relación: afectos, expectativas, deseos y todo un otro lenguaje, territorializado. Son los bosques los que comienzan a otorgar una nueva gramática para hablar de ellos y desde ellos. Una gramática que, como se busca demostrar, está lejos de ser aquella del capitaloceno forestal o aquella de visiones antro-

2 La lectura de los anillos de los alerces ha permitido conocer el clima de los últimos milenios en la zona sur de Chile (Lara y Villalba, 1993). La ciencia que se dedica a esta lectura es denominada *dendrocronología* y ha ido realizando hallazgos importantes en relación a los bosques, la importancia de los árboles y los estudios del cambio climático.

pocentradas o demasiado «humanistas» sobre el bosque. Tampoco constituyen articulaciones que podríamos denominar *ecologistas* ni interpretaciones sobre el pensar de los bosques (Kohn, 2021).³ Desde el bosque aparecen otras miradas, otros sentires, otras perspectivas. Son estas las que las dendrografías buscan expresar. En definitiva, las dendrografías esperan ser voz (*graphiein*, ‘letra’) no-tan-humana de una realidad otra-que-humana que sin quererlo ni esperarlo continúa siendo amenazada y a la expectativa de un futuro distinto.

Las dendrografías, tal y como se desarrollan aquí, poseen un ingrediente ineludible en cuanto metodologías, a saber, el soporte visual. De alguna manera, las dendrografías se construyen en diálogo con el registro fotográfico, la experiencia situada en los territorios habitados por los alerces, los propios alerces con su historia ecosocial y vegetal, y el entramado de ecologías afectivas que desde allí se percibe y propone. Imagen, experiencia, cuerpo, territorio y texto se van mixturando como historias multiespecie.

A continuación, se presentan dos dendrografías: la primera se articula desde la idea de las líneas, tal y como la presenta Tim Ingold (2018), y da cuenta de los vínculos múltiples que se establecen entre los humanos, los alerces, el bosque y las tejuelas. Luego, se aborda una dendrografía vinculada a la vida y la muerte de los bosques. Dicho de otro modo, se leen los territorios habitados por alerces a partir de los padecimientos presentes en ellos; desde sus heridas en estos tiempos heridos. Esta segunda dendrografía da cuenta de los entramados vida-muerte de los bosques y de la devastación de una especie que contra todo resiste.

Como se ha dicho, la forma de escribir quiere aproximarse al modo de los bosques o lo que podría ser una escritura vegetal. El filósofo e investigador brasileiro Evando Nascimento (2021) —siguiendo a Carola Saavedra, que adopta este término— habla de una fitoescritura, fitoliteratura y fitocultura para expresar que escribir con las plantas se trata de una permaescritura, de «una forma rizomática, llena de ramificaciones que se expanden en varias direcciones a partir de uno o más cauces» (p. 306). Nascimento se apoya en obras poéticas para identificar esta manera vegetal de escribir, aludiendo sobre todo a analogías y a la fuerza de la palabra humana como «el lenguaje que, aparentemente, dominamos mejor» (p. 308). Por otro lado, el filósofo Michael Marder (2016) posee un bello libro titulado *Grafts: Writing on Plants*, que podemos traducir como «Injertos, escritos en plantas». Se trata de un compendio de conversaciones, interacciones e interpretaciones sobre las plantas. Sin embargo, el texto mantiene el estilo de ensayo breve y reflexión académica, sin explorar otras formas del lenguaje, como sugiere el libro de Nascimento (2021).

Asimismo, se tiene la sugerente idea de Patricia Vieira (2015) sobre la *fitografia* basada en la noción de la inscripción. Esto es, las plantas y el mundo vegetal dejan una inscripción en el entorno y también en los humanos. Estas inscripciones son precisamente lo que aquí llamamos afecciones (de hecho, Vieira hará referencia a Spinoza y su idea de que somos afectados dejando huellas o trazos con y en otras entidades). Somos y estamos siendo continuamente afectados, inscritos los unos en los otros, los unos por los otros. La fitografia de Vieira dialoga profundamente con la literatura sobre la selva amazónica, lo que en nuestro caso se escapa, también, del marco metodológico, ya que las dendrografías de alerces no buscan dar cuenta de lo que sea ha dicho sobre, sino a través, desde y con el entramado configurado por los alerces.

Lo anterior establece que en ningún caso las dendrografías son etnografías basadas en la sola observación ni tampoco reflexiones descorporeizadas o desterritorializadas respecto del mundo de las plantas. No se trata de observar y escribir, sino de *explorar* y dar cabida al aparato conceptual de quien las realiza, en el cual se encuentran conceptos, experiencias, imaginaciones e interpretaciones. No existe algo así como una mirada neutral del bosque, ni siquiera cuando se busca dejar que sea el bosque quien hable. Precisamente las dendrografías toman distancia y se diferencian de lo que podría ser una ficción sobre el bosque o una mera descripción de lo que allí se encuentra, siente y percibe. Las dendrografías pretenden ser una interpretación (hermenéutica) sensorial del territorio habitado por los alerces. Y vale la pena no olvidar que lo sensorial no se contrapone a lo racional, sino que lo hace efectivo en el relato permitiendo —en la escritura— la superación o al menos la problematización de dicotomías arraigadas en el *logos* occidental. Así, estas dendrografías son historias de humanos y otros-que-humanos en el entramado del alerzal y sus prolongaciones sensoriales, materiales, imaginativas y vegetales. Podemos apropiarnos de la reflexión de Marisol de la Cadena (2021) cuando dice: «What I did to let what I was being told affect my analytic grammar» [Lo que hice fue dejar que lo que se me estaba diciendo afectara mi gramática analítica] (p. 248).

3 Esta aclaración no es tanto una crítica a la interesante obra de Eduardo Kohn (2021), sino una explicitación de que las dendrografías no son una lectura logocéntrica ni poseen la intención de ontologizar el bosque. Sin embargo, sí constituyen «grafías» afectivo-territoriales de los vínculos humano-alerces. Ver la crítica de Nascimento a Marder y Coccia (Nascimento, 2021, p. 19).

Las dendrografías se acompañan de fotografías, como ya se explicó, realizadas por el autor, las cuales permiten un juego sensorial con el texto y a su vez posibilitan estimular la imaginación y posicionarse —al menos un poco— en el fascinante mundo de los alerces.

Dendrografía #1. Líneas como historias: Alerces en la malla de la vida

La vida, toda vida, se construye en su continuidad. Más allá de las distinciones taxonómicas, ella se impone en su movimiento e interconexión.

El alerce, *Fitzroya cupressoides* o *lawan*, está habitado por líneas que se prolongan y generan continuidad a sus muchas vidas. En su vida de árbol monumental (Gutiérrez, 2016), las líneas van tejiendo una piel blanda y esponjosa conocida como *estopa* (figura 2). Líneas de volumen y líneas rugosas se presentan en una variopinta tonalidad de cafés rojizos. Desde el naranja hasta el café oscuro, las líneas diseñan la corteza de los alerces. Irregulares y cambiantes, líneas y líneas de alerce visten la piel de un árbol que marca, indudablemente, la historia de muchos territorios del sur de Chile.

Aún de pie, el alerce, se muestra en otras formas. Algunas denominaciones botánicas occidentales lo distinguen como muerto o vivo. El alerce «muerto» adopta un tono blanquecino al desprenderse de las líneas de su corteza esponjosa. Una vez desnudo, las líneas vuelven a resplandecer (figura 1). Esta vez son líneas duras y bien marcadas, líneas que almacenan la memoria del desahucio (figura 10): un incendio, falta de agua, un asesinato o *dendrocidio* de parte de humanos sedientos de su madera.

Las líneas onduladas se curvan en la medida en que van configurando un hermoso patrón. Un patrón caótico y único para cada alerce, para cada parte del alerce. Es como si la totalidad del «cuerpo» vegetal estuviera constituido por líneas. Largas y finas hebras que van tejiendo la materialidad vegetal del alerce.

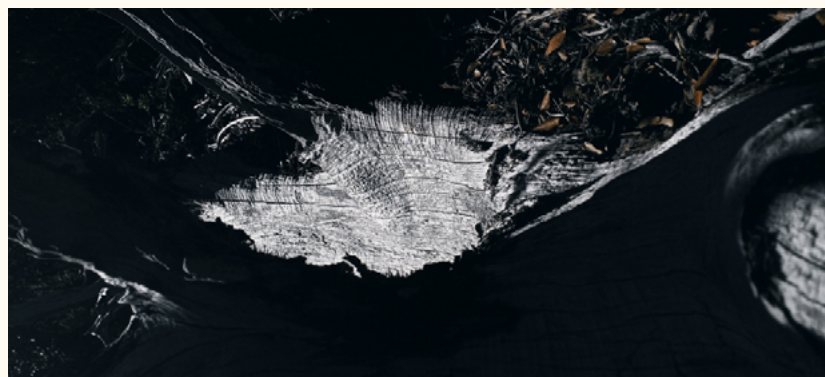


Figura 1. Líneas en un tronco volteado, alerce en PNAC, La Unión, de Pedro Pablo Achondo

La dureza de la madera y sus líneas grises contrastan con la fragilidad de las temporalidades albergadas en el tronco. El alerce, como todo árbol, no es un ser/siendo homogéneo. Crece diferencialmente según sus propias necesidades y la del resto del bosque. Las líneas temporales también se van entrecruzando en la misma vida del árbol. Una vida de corteza y una vida sin ella; una vida de pie y una vida recostado en el suelo vegetal del bosque (figura 1).

Las líneas del afuera y las líneas del adentro pertenecen a un único individuo plural e interconectado también con las otras líneas del bosque y del resto de los alerces y cohabitantes del territorio.



Figura 2. Líneas en tejuela y línea de sierra, Río Bueno, de Pedro Pablo Achondo

El bosque de alerce de la Cordillera Pelada⁴ ha padecido por más de un siglo la deforestación tan propia del capitaloceno forestal. Campamentos madereros en los fundos privados y en territorios estatales trabajaban industrialmente la madera de alerce.

Con la madera se hacían *varones* (largos troncos sin ramas) para ser usados como postes de alumbrado público, se hacían *basas* (secciones rectangulares de los troncos, sin corteza) para futuras construcciones, para afirmar viñedos y lo que se quisiera; se sacaba la estopa para sellar embarcaciones y se hacían tejuelas, con las que luego serían recubiertas viviendas e iglesias.

Las líneas del bosque se prolongan por la intervención humana en líneas de tejuelas (figura 6) y se dejan ver en los cortes de sierra (figuras 4 y 5) o hacha. Son las líneas del tiempo que habita el interior de los árboles. Invisibles al ojo humano, solo al abrir el «cuerpo» vegetal de manera horizontal, es posible presenciar los anillos del tiempo (figura 4). Almacenes de información climática y archivos temporales del territorio, los anillos y sus líneas aparecen para recordarnos que la vida continúa, que la vida prosigue desde un antes desconocido por los humanos, pero experimentado por los longevos alerces.

Las líneas, a veces circulares, a veces rectas y onduladas, en ocasiones curvas y apretadas van contando historias: historias humanas y más-que-humanas, la historia del bosque, la historia de trabajadores en la cordillera y las historias del clima. Todo se entrelaza en esas líneas que aparentemente están estáticas. Simplemente allí, siendo líneas.

La verticalidad del bosque (figura 7) es también manifestación de la vida de las líneas. Suben y bajan apuntando al cielo y conectando el suelo (figura 10). Las líneas recorren extensiones imperceptibles por debajo de la tierra (figura 8) y conectan, en una ecología afectiva impresionante, manos, muertes y momentos.

La línea de la sierra (figura 6) corta las líneas del tiempo en la tejuela, como interrumpiendo el movimiento temporal. Es el tiempo humano que se cruza con el tiempo vegetal. Son las líneas las que dan cuenta de dicha continuidad, cruce e intersección.

Líneas de vida, de vida humana y vida vegetal que conversan sin palabras en los territorios. Más aún, un otro territorio es configurado a partir y a través de las líneas. Las líneas del tronco robusto del fitzroya viajan desde el suelo y el subsuelo a través de las raíces (figura 8) desde su inusitada verticalidad sobre el suelo (figura 7). Miles de líneas se elevan en el bosque. Incommensurables líneas se elevan al cielo perdiéndose en el aire.

Otras líneas van dibujando circunferencias ocultas en el interior de cada alerce (figura 12), las que luego de ser trabajadas por los humanos volverán a su rectitud en forma de tejuelas (figura 9).

Las líneas quedan grabadas en la piel del tejuelero (figura 11), como marcas o huellas de un oficio cargado de sacrificio y esfuerzo. Esas líneas cuentan la historia de un oficio importante en el caminar de familias, comunidades y personas (figura 14). Una historia biocultural que no solo transformó los bosques de alerce, sino también la forma de construir, habitar y embellecer la vida en sociedad.

4 Nombre que recibe una zona de la Cordillera de la Costa chilena, justamente por presentar un paisaje particular producto de grandes incendios del pasado. Dando el aspecto de ser una cordillera pelada al enseñar miles de troncos de alerces calcinados.

La urbe fue *alerzada* al vestirse de tejuelas (figuras 15 y 16), continuando el movimiento de las líneas del bosque y su entorno. Las líneas siguieron sus cursos, esta vez entre los humanos, en sus hogares, sobre sus techumbres, en las paredes de sus iglesias (figura 15). Y quizás en las profundidades de su espiritualidad.



Figura 3. Líneas en el cuerpo y la memoria de una habitante de la cordillera de alerzales durante su niñez y adolescencia, La Unión, de Pedro Pablo Achondo

Líneas de vida vegetal que van diseñando el tiempo, los tiempos, la variedad en el tiempo.

Las tejuelas fueron recorriendo largas distancias, prolongando las líneas del bosque. Haciendo uso de una embarcación construida en alerce (figura 14), durante décadas, grandes basas bajaban del monte y se internaban en el mar en Caleta Cónдор. La cordillera del Mapu Lawal⁵ imponía su alerzalidad frente al océano pacífico, y las comunidades y empresas forestales gozaban del trabajo maderero.

Las líneas, así, se abrieron al mar. Las líneas vegetales se vinculaban a las líneas del mar y, en cada ola, una futura construcción se proyectaba.

Por un momento las líneas confundían, en una aparente simultaneidad, todo: bosque, tronco, raíz, manos, herramienta, embarcación, mar, tejuelas, vivienda e iglesia. Todo en un *continuum* diferenciado de vida. Y los humanos empapados de alerce y los alerces llenos de voces humanas. Las tejuelas embetunadas de piel y las manos de los tejueleros y alerceros teñidas del rojizo fitzroya.

En lo alto de las cordilleras un lamento imperceptible cantaba (figura 10). El lamento del alerce, el llorar del lawan. Los árboles reunidos entonando un lamento de muerte. El silencio en lo alto de la cordillera del Piuché en la zona de Cucao, Chiloé, se encontraba con el otro silencio de los alerces del sendero de «los incendios del pasado» en la Cordillera Pelada, sector de El Mirador en La Unión. Los mismos alerces lloraban la muerte de sus compañeras y compañeros en las cumbres del Mapu Lawal. ¿Qué ha sucedido con ustedes? ¿Por qué hay muerte en todas las cumbres? ¿Qué línea frágil une el lamento de los alerces?

Finalmente, las líneas anudan las historias del alerce. Historias de humanos que habitaron las cordilleras por necesidad de pan y sustento. Historias de bosques verticales cuyas raíces generan una comunión vegetal poco conocida. Historias de temporalidades extensas y dendrografías del clima. Historias de tejueleo, acarreo y movimiento. Historias de texturas, colores, tonalidades y figuras. Historias de una materialidad viviente en constante metamorfosis (Coccia, 2021).

Las líneas del alerce son sus respiraciones, sus modos de estar/siendo. Cada línea se prolonga en otra para contarnos la continuidad diversa de su aparecer. Es el gran acto del alerce, de la materialidad vegetal de un árbol monumental. Ya sea de pie, ya sea reunido en torno al lamento silencioso o en forma de tejuela —solitaria o acompañada en una pared—, el alerce evoca múltiples historias y alberga un sinnúmero de voces: humanas y otras-que-humanas.

Luego, lo que corresponde es leer las líneas y no entre ellas.

5 Región de la Cordillera Pelada, hoy perteneciente a comunidades mapuche y transformado en una gran zona de conservación y resguardo. Las comunidades, dedicadas fundamentalmente al ecoturismo, pueden trabajar el alerce muerto y volteado para seguir haciendo tejuelas y usando la madera.



Figura 4. Líneas de tejuelas en el Museo Dalcabue, Chiloé, de Pedro Pablo Achondo

Dendrografía #2. *Fitzroya lamento*: Vidas sin muerte

Andando los territorios se percibe el dolor. La afectación está allí esparcida por doquier.

El cuerpo cansado de caminar entre los árboles, atravesando la irregularidad caótica del suelo, se detiene junto a un tronco. Jadeando. En una ecología de afectos la frescura del aire, el frío de la tarde otoñal y la maravilla del espacio se unifican en el cuerpo del caminante e investigador. Es el humano temperado por los alerces.

Sin embargo, una herida rompe el descanso. Literalmente. El tronco robusto porta una cicatriz inmensa. La huella del hacha está presente desde hace décadas, con seguridad, en esa aparente inmovilidad vegetal.

El territorio está marcado por la afectación humana. Cortes, marcas, huellas, cicatrices, heridas (figura 19) allí están por todas partes. El *pathos*⁶ respira en el territorio. Porque en el territorio del antropoceno habita el *pathos*. Es cosa de andar con atención por el bosque para ver los cortes en algunos troncos como olfateando la posibilidad de madera útil. En otros lugares las tejuelas de antaño o las basas o tablas de alerces están ocultas entre la masa vegetal (figura 20). Huellas del tiempo en el espacio. Huellas de un oficio y de la voracidad forestal hoy apropiadas, fagocitadas por el humus, la tierra y las plantas.

¿Cómo se habita un bosque herido? ¿Cómo se habita entre alerces, con los alerces, cuando estos transgreden nuestras categorías de vida y muerte?

En un lugar de la Cordillera Pelada se encuentra un locomóvil (figura 21), una máquina inglesa transportada hasta las alturas del monte. Ella está abandonada en una explanada que otrora fue un bosque, un hermoso bosque de alerces, coigües y canelos. El locomóvil olvidado es como un farol temporal: dice lo que allí hubo. No muy lejos, a unos cien metros, se eleva la «colina del antropoceno» (Achondo, 2021b, p. 80) (figura 22). Se ha ganado esa denominación una tremenda masa de aserrín —alerce pulverizado—. Sobre la colina hay cientos y cientos de tablas de alerce. Un basurero de madera. Un dendro-vertedero. Un testimonio de la devastación.

Esa colina, como probablemente otras colinas del capitaloceno, contrasta de manera violenta con el bosque y su regeneración. La ecología afectiva que se respira en la colina del antropoceno es más bien triste. Es melancólica. Esa mezcla extraña de asombro y pena. Un tajante «esto no debería estar acá», lo que podría ser el lema del antropoceno, se apropia de los afectos circundantes.

6 La noción del *pathos* es fundamental en lo que respecta a la investigación. Alude al sentir/padecer que es experimentado en el cuerpo y en relación con el territorio, también afectado y padeciendo de la acción humana. En otros lugares ha sido trabajada y desarrollada (Achondo, 2021a). Este concepto proviene de la filosofía aristotélica y ha sido trabajado por la fenomenología (Henry, 2007) y perspectivas filosóficas ligadas al cuerpo y los afectos (Spinoza, 2000), fundamentalmente aplicada a lo humano. Las dendrografías buscan comprenderlo y usarlo desde una perspectiva vegetal y otra-que-humana.



Figura 5. Cicatrices en el tronco, alerce milenario, sector Lenca, Puerto Montt, de Pedro Pablo Achondo

Andando los territorios emerge el *pathos*, esa ambigua afectividad que hiriendo los cuerpos les exige una respuesta. Esa confluencia de indignación y tristeza profunda. Desasosiego. Desasosiego carnal. Duelen los cuerpos que andan sobre la colina (Simard, 2021, p. 28). Duele la colina que oculta el suelo vegetal. Duele el bosque que lamenta sus pérdidas. Es un *fitzroya lamento*. El primer canto fúnebre que resuena en la cordillera de los alerces.

No demasiado lejos se percibe otro canto. El canto de un paisaje, de aquellos alerces blanquecinos de pie. Una especie de tótems que apuntan al cielo configurando un coro. Es el otro bosque (Guerrero-Gatica y Achondo, 2022). Es el bosque incendiado que ha quedado allí, desafiando la vida, pero sobre todo desafiando la muerte. Algunos, solo algunos vuelven a brotar y abrirse en hojas contra toda falta de esperanza. *Cementerios de alerce* (figura 25), se les denomina.

Hay varios cementerios esparcidos en los territorios. Unos en la Cordillera Pelada, subiendo por la ciudad de La Unión, otros cruzando el *Mapu Lawal*. Hay otros fitzroyas cementerios en la Isla de Chiloé, a cinco horas de caminata subiendo desde Cucao. Y otros en el sector La Botella del Parque Nacional Alerce Andino. Y seguro que hay muchos otros más. *Fitzroya lamentos* suenan en ese coral de difuntos-vivos, de muertos-siendo-estando allí.

La polifonía del cementerio de alerces, de ese «príncipe de los árboles» (expresión del jesuita Diego Rosales en 1653, como se citó en Oyarzún, 2020, p. 29), canta en las cumbres de las cordilleras.

Así como *esa* fitzroya no es *aquella* fitzroya. Ese cementerio no es este cementerio. Cada árbol es único e irrepetible en los bosques. Cada lamento posee su propia historia y prehistoria. Cada territorio, aunque conectado en esa comunión de lágrimas vegetales y llantos de bosque, es único. Son sus habitantes, sus coexistentes, son sus climas y sus memorias.

La memoria humana ha hecho uso del alerce en sus construcciones fúnebres: ataúdes y mausoleos (figura 23). El alerce no solo ha vestido viviendas e iglesias, sino también los últimos albergues de humanos. Y, hay que decirlo, muchos de ellos, de nosotros, que jamás conocieron los alerces ni respiraron los bosques del lawan, podrán ser despedidos en ese breve bosque-iglesia y «descansar» arropados por ese nuevo cuerpo-madera.

El alerce forma parte de la vida cultural de un sinnúmero de comunidades. Incluso de manera no tematizada. Va dibujando, grafiando, el entramado *zoe-geo-tecno* (Braidotti, 2020, 2022) en que la vida humana y

vegetal se ha ido entrelazando en los territorios. Es decir, el alerce va entretejiéndose como territorio situado, como vida no humana, como materialidad transformada y operada por artefactos, máquinas, serruchos y locomóviles. Es la fitzroya desafiando las formas y nuestras categorías a partir de sus metamorfosis.

Un tercer lamento en esos mausoleos humanos de alerce puede sentirse. Desde allí, ahora, junto con familias y comunidades, el bosque canta su esperanza.

¿Qué lamento es ese, entonces, que resuena entre los recovecos del bosque, que se esconde en la memoria vegetal de los alerces, que danza en las iglesias y mausoleos de madera-lawan?

Otra voz recorre el monte. Es la voz de los tocones (figura 24), los memoriales esparcidos en el territorio. El capitaloceno forestal solo devoraba lo útil, lo vendible y comercializable. Los tocones eran olvidados. Como difuntos sin tumba. Hoy, todavía enraizados y bien abrazados del suelo son refugio de otras especies vegetales, son hogar de insectos, comedero de pájaros, albergues de agua. Siguen siendo vida y haciendo memoria de las muertes. De las suyas propias y de las del bosque desaparecido. En cada tocón de lawan el agua celebra su vida.

Tocones que cantan también su lamento. Tímidas voces del fitzroya pequeño, castrado, mutilado.

El bosque viene cantando desde tiempos previos al antropoceno en sus formas, vidas y ecologías. Hoy, el bosque de alerces del antropoceno/capitaloceno entona un lamento con forma de tumba, de tocones, de locomóviles y colinas de aserrín. Es el fitzroya lamento de cientos de miles de árboles que de pie ejercen su derecho político a existir y a seguir cantando sus lamentaciones.



Figura 6. Cementerio de alerce en Cucao, Chiloé, de Pedro Pablo Achondo

Breve análisis conclusivo

Las dendrografías presentadas permiten fundamentalmente dos cosas: contar historias y narrarlas desde una perspectiva no antropocéntrica, es decir, hilvanando la tensión entre lo humano y lo otro-que-humano presente en los territorios y sus ecologías afectivas. Es probable que aún pueda tensionarse más la perspectiva vegetal y, en este caso, del bosque de alerces, sin embargo, la tensión es frágil, ya que se pretende no caer en antropomorfismos ni en dar una voz demasiado humana a la alteridad vegetal. No cabe duda de que algunos conceptos y categorías fueron insuficientes y otras «desplazadas» (De la Cadena, 2021, p. 249) a la hora de expresar el entramado afectivo-territorial de las dendrografías *de, con y a* través de los alerces.

¿Cómo mantener la distancia infranqueable de la otredad vegetal y al mismo tiempo narrar lo que allí sucede, acontece y pasa por el cuerpo y su sentir humano? ¿De qué manera relatar las ecologías afectivas presentes en los territorios de alerzales en una época de devastación y ruinas (Tsing, 2017)? ¿Cómo asumir el giro territorial y poshumanista también en el lenguaje y las formas narrativas de entablar una conversación/escucha con lo otro-que-humano?

La línea es delgada, sin embargo, cabe explorar formas decoloniales del decir, del expresar y del conocer. Las dendrografías aquí presentadas tienen un interlocutor amplio. No están hechas solo para quienes se piensan y comprenden desde filosofías amerindias o vivencias y cosmovisiones indígenas de la realidad,

sino, sobre todo, para el y la occidental, para quienes el *logos* se ha quedado corto y aún persisten en la palabra. Para quienes habitan los territorios de devastación y al mismo tiempo perciben la maravilla que los habita. Para quienes buscan otros mañanas llenos de vida, regeneración y futuros. En ese sentido, escribir entre alerces y con los alerces ha devenido un aproximarse a ellos, hacerse un poco más bosque, tejuela y alerce desde la humanidad que nos compete. Ha significado desvestirse de un ropaje demasiado humanista para dejarse revestir de troncos, estopas, raíces, hojas, lluvias, texturas y vientos. Ha significado compartir lágrimas entre los lamentos del lawan y la pena del bosque. En definitiva, ha significado tomarse en serio aquello de redescubrir al sujeto (Braidotti, 2020) en tiempos de relacionalidades multiespecie y materialismos vibrantes (Bennett, 2010).

Ambos relatos dendrográficos han querido —desde y con los alerces y sus historias de materialidades vegetales, temporalidades múltiples, cohabitaciones y bosques— explorar la naturaleza multifacética y diferenciada del nosotros colectivo (Braidotti, 2020, p. 61). La época actual nos exige epistemologías capaces de dar respuesta ética, política y afectiva a los desafíos y urgencias socioambientales (Myers, 2017); conceptos que permitan pensarlo por pensar (Leff, 2018) en vistas de mundos plurales y con futuro. Creemos que las dendrografías del lawan son un aporte en esta búsqueda y han dejado en evidencia territorios vegetales llenos de afectividad, conexiones y líneas en vistas de un nuevo habitar que dispute la permanencia del antropoceno y sus lenguajes.

Si bien las dendrografías, tal y como han sido expresadas, buscan entrar en la conversación que el poshumanismo y otras corrientes afines están llevando a cabo con las materialidades y lo otro-que-humano, como lo es el mundo vegetal y los territorios habitados por ellos, se presentan como un método ético y poético de fitoescritura, como una narrativa incorporada y territorializada que permita generar una comunicación afectiva con el bosque, los alerces y las tejuelas considerando que «no sabemos» (De la Cadena, 2021) y que se nos exige creatividad metodológica y exploración onto-epistémica. Se presentan, así, como un *modo de decir* la diferencia, de expresar las fracturas y líneas, de manifestar las distancias, recovecos y miradas entre la realidad vegetal del bosque de alerces y la humana situada espacio temporalmente.

Las luchas socioambientales en América Latina no siempre han considerado dichos vínculos socioafectivos e incluso ligados a oficios, prácticas y maneras de habitar asociados al territorio. De ese modo, las dendrografías pueden permitir, tal vez, ver, percibir, considerar y ampliar nuestros registros a la hora de analizar las problemáticas ambientales asociadas; como también multiplicar caminos posibles de co-construcción de relacionalidades y co-habitación en los territorios. La búsqueda de nuevas categorías es imprescindible para salir de la espiral de lo mismo.

Al mismo tiempo, las dendrografías —entendidas como grafías entre árboles, esto es, una manera de narrar lo que en el bosque acontece a partir del entramado ecológico, y aquí hay que entender el término en toda su amplitud y riqueza— posibilitan el ejercicio de la imaginación poética y un enriquecimiento hermenéutico de aquello que sucede andando los bosques y respirando otras respiraciones, en esta ocasión, *alerzadas* y llenas de diversidad vegetal, material y ecológica. En definitiva, suscitan, esperamos, la emergencia de otros mundos, otras ideas y otras formas de habitar.

Referencias bibliográficas

- Achondo, P. P. (2021a). La (no) metáfora del cuerpo: Cuerpo abusado, cuerpo torturado, cuerpo transfigurado. *Theologica Xaveriana*, 71, 1-25.
- Achondo, P. P. (2021b). Los lenguajes de la tejuela de alerce y los territorios que no vemos. *Cuaderno: Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación [Ensayos]*, 134, 71-87.
- Armiero, M. (2021). *Wasteocene, Stories from the Global Dump*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- Braidotti, R. (2020). *El conocimiento posthumano*. Madrid: Gedisa.
- Braidotti, R. (2022). *Posthuman Feminism*. Cambridge: Polity.
- Coccia, E. (2021). *Metamorfosis*. Buenos Aires: Cactus.
- De la Cadena, M. (2021). Not Knowing: In the Presence of... En A. Ballesteros y R. Winthereik (Eds.), *Experimenting with Ethnography: A Companion to Analysis* (pp. 246-256). Durham: Duke University Press.
- Donoso, C., Lara, A., Escobar, B., Premoli, A. y Souto, C. (2006). *Fitzroya cupressoides* [Molina] I. M. Johnston. En C. Donoso (Ed.), *Las especies arbóreas de los bosques templados de Chile y Argentina: Autoecología*. Valdivia: Marisa Cuneo.

- Gálvez, M. A. (2021). *Espacio somático, cuerpos múltiples*. Madrid: Asimétricas.
- Guerrero-Gatica, M. y Achondo, P. P. (2022). El bosque y sus habitantes: Una discusión teórico-metodológica transdisciplinar del diálogo multiespecies. *Etnobiología* 20(2), 3-17.
- Gutiérrez, A. (2016). Árboles monumentales: Un patrimonio natural no reconocido en Chile. *Bosque* 37(2), 445-449.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14 (3), 575-599.
- Haraway, D. (2008). *When Species Meet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Haraway, D. (2016). *Staying with the Trouble: Making kin in the Chthulucene*. Londres: Duke University Press.
- Henry, M. (2007). *Filosofía y fenomenología del cuerpo*. Salamanca: Sígueme.
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Kohn, E. (2021). *Cómo piensan los bosques: Hacia una antropología más allá de lo humano*. Quito: Abya-Yala.
- Lara, A. (1998). Alerces: Gigantes milenarios del bosque chileno. En Defensores del Bosque Chileno (Eds.), *La tragedia del bosque chileno* (pp. 94-101). Santiago: Ocho Libros.
- Lara, A. (2016). Alerces: Los viejos lentos del bosque. *Academia*, 19, 30-37.
- Lara, A. y Villalba, R. (1993). A 3620-Year Temperature Record from Fitzroya Cupressoides Tree Rings in Southern America. *Science*, 260, 1104-1106.
- Leff, E. (2018). *El fuego de la vida: Heidegger ante la cuestión ambiental*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Marder, M. (2016). *Grafts: Writings on Plants*. Minneapolis: Univocal.
- Marder, M. (2021). *Dump Philosophy: A Phenomenology of Devastation*. Londres: Bloomsbury.
- Medina, A. (1984). Embarcaciones chilenas precolombinas. La Dalca de Chiloé. *Revista Chilena de Antropología*, 4, 121-138.
- Molina, R., Correa, M., Smith, C. y Gainza, A. (2006). *Alerceros Huilliches de la Cordillera de la Costa de Osorno*. Santiago: Andros Impresores.
- Moore, J. (Ed.). (2016). *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History and the Crisis of Capitalism*. Oakland: PM Press.
- Myers, N. (2017). Becoming Sensor in Sentient Worlds: A More- than-Natural History of a Black Oak Savannah. En G. Bakke y M. Peterson (Eds.), *Between Matter and Method: Encounters in Anthropology and Art* (pp. 73-97). Londres: Bloomsbury.
- Nascimento, E. (2021). *O pensamento vegetal: A literatura e as plantas*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Oyarzún, L. (2020). *Defensa de la Tierra*. Valdivia: Ediciones UACH.
- Pink, S. (2009). *Doing Sensory Ethnography*. Londres: Sage Publications.
- Simard, S. (2021). *En busca del árbol madre: Descubre la sabiduría del bosque*. Barcelona: Paidós.
- Spinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Alianza.
- Tsing, A. (2017). *Le champignon de la fin du monde: Sur la possibilité de vivre dans les ruines du capitalisme*. París: Les Empêcheurs de penser en rond / La Découverte.
- Tsing, A., Swanson, H., Gan, E. y Bubandt, N. (Eds.) (2017). *Arts of Living on a Damaged Planet*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Urbina, X. (2011). Análisis histórico-cultural del alerce en la Patagonia septentrional occidental, Chiloé, siglos XVI al XIX. *Magallania*, 39(2), 57-73.
- Urrutia-Jalabert, R., Malhi, Y. y Lara, A. (2015). The Oldest, Slowest Rainforests in the World? Massive Biomass and Slow Carbon Dynamics of Fitzroya Cupressoides Temperate Forests. *PLoS ONE*, 10(9), 1-24.
- Vieira, P. (2015). Phytographia: Literature as Plant Writing. *Environmental Philosophy*, 12(2), 205-220.
- Welch, C. (2022). *What's the Oldest Tree on Earth—and Will it Survive Climate Change?* Recuperado de <https://www.nationalgeographic.com/environment/article/whats-the-oldest-tree-on-earth-and-will-it-survive-climate-change>